EN EL VOLCAN DE ORIZABA.

La Sociedad Geológica Mexicana, fiel á sus propósitos de despertar entre sus miembros é invitados la afición á las montañas y el gusto por los estudios en que ella se ocupa, organizó un viaje al *Volcán de Orizaba* para el presente invierno. Once personas tomaron parte en él: Sres. Ygnacio S. Bonilla, Francisco de P. Carbajal, George B. Holderer, Carlos A. Iglesias, Félix Scholz y Fernando Urbina; Srita. Jeanne Van Coover y Sres. Paul Waitz, Ernst Wittich, Johann Wunderlich y el que escribe estas líneas.

Partimos de la ciudad de México la mañana del primero del mes de Diciembre, á bordo de un vagón del Ferrocarril Mexicano, y nada digno de notar nos ocurrió mientras caminábamos sobre la ferrovía, si se exceptúa el interés con que mirábamos al Popocatepetl, al Iztaccíhuatl y á la Malintzin, y la curiosidad incesante con que buscábamos entre las nubes al Volcán de Orizaba, cuando nos encontrábamos en los llanos de Apam. Atrajo nuestras miradas particularmente el cráter de la Montaña que humea, perceptible desde las ventanillas de nuestro vagón, y en verdad majestuoso, ya se le contemple á distancia, ya se le admire junto á sus desgajadas rocas.

Pasado había ya el sol por el meridiano de la estación de San Andrés cuando llegamos á ésta. De allí subimos en tranvía á la denominada ciudad de San Andrés Chalchicomula, y á las dos y cuarto de la tarde nos sentábamos á la mesa del bien servido *Hotel del Siglo XX* á saborear delicados manjares y manjarejos.

Después de satisfechas con un tanto de exceso las apremiantes exigencias de la necesidad nutritiva, nuestro apreciable jefe y guía el Sr. Dr. Paul Waitz, de nacionalidad austriaca y especialista vulcanólogo, se entregó á la tarea de arreglar los menores detalles del viaje á caballo, y sus compañeros, nos dimos á discurrir por calles, plazas y jardines para concentrarnos al fin en la iglesia parroquial, rica y suntuosamente decorada, en la que á la sazón se entonaban graves y conmovedores cánticos. Subimos á la torre de la parroquia para abarcar en su conjunto las montañas que íbamos á visitar y los extensos llanos que yacen á sus pies.

Entrada la noche, nos reunimos en el Hotel y conversamos, tomamos nuestra colación y dormimos.

Al amanecer del día dos dejábamos los lechos y nos apercebíamos á la continuación de nuestro viaje. Ya estaba el sol á algunos grados sobre

conocimiento de la localidad y las enseñanzas retenidas del Sr. Watts (1) me permitieron ordenar mis ideas sobre la génesis de los colosos entre los cuales descansaba dulcemente. Si concentraba yo mi espíritu en el grato rumor de las brisas y en el alegre chirriar de los pajarillos, acudía á mí el recuerdo del príncipe de los poetas latinos, del bucólico Virgilio; si atendía yo á las bombas volcánicas que á mi alcance estaban, las cuales, por su aspecto, parecen enormes tortas de pan cocido con la costra reventada, y se veía luego el cono truncado del Citlaltépetl por donde se abrió paso la corriente que trajo la acumulación mecánica de las materias lanzadas del seno de la madre tierra y, por ende, la elevación de los terrenos circundantes, me entusiasmaba, y, apostrofándole, decíale con el llorado Gabriel y Galán:

Te engendró trepidando el terremoto,
reina de las montañas!
y por la boca del abismo ignoto
la tierra te parió de sus entrañas,
rugiendo de dolor su seno roto,
Vinistes á la vida,
no temblando con trémulos vagidos,
sino cantando la jamás oída
formidable canción de tus rugidos.
Y transpiraste en tu alentar inmenso
soberbias espirales
que cegaron el éter de humo denso.
Y tu loca niñez, brava y ardiente,
envolvióse en pañales
que eran manto de lava incandescente....

Las últimas horas de aquel domingo las pasamos entregados á ejercicios de tiro al blanco y en tranquila contemplación de todos los encantos que nos rodeaban. La cima del Citlaltépetl y el cono nevado eran los centros de atracción de nuestras miradas. Al embelesarnos una y otra vez viendo al coloso que hiende el éter y las apliñadas nubes hasta un punto que no alcanza ninguna otra montaña de México, pensaba yo en mi cara patria que quisiera yo ver en el conjunto de las naciones *tan grande en lo moral y lo político como grande es en lo geográfico el Volcán de Orizaba*. Y consagré entonces en lo más hondo de mi pensamiento un recuerdo cariñoso al entusiasta y ávido coronel Atenógenes N. Carrasco, quien, siendo Jefe Político del Distrito de San Andrés Chalchicomula, mandó enarbolar una gran bandera con los colores nacionales el 16 de Septiembre del año de 1889 en lo alto del Citlaltépetl, de 40 metros de largo por nueve de ancho, la que estuvo izada más de cuatro meses y veíase desde San Andrés, Huatusco y otros puntos.

La alegría de los viajeros mostróse la postrera noche pasada en la cueva, con alegres cantos y animadas conversaciones. En español sobre-

(1) En su sentir no fueron coevos el Volcán de Orizaba y la Sierra Negra, sino que ésta precedió á aquél.

majestad el malpaís lleno á tal punto de penados, que parece un inmenso peñascal.

Dejamos á la izquierda el Cerro Colorado, salvamos el puerto y atravesamos unos médanos desde los que vimos á nuestras plantas las blanquísimas nubes que cubrían la región intermedia entre el mar y las elevadas montañas.

Eran las 3h. y 15m. de la tarde cuando llegamos á la cueva de los Muertos, abierta al pie del Cerro de los Lobos y dentro de las rocas andesíticas, sobre las que se asienta la innúmera cantidad de peñados que forman el malpaís.

Al arreglo de nuestra habitación transitoria nos dedicamos, bajado que hubimos de las bestias, y ya preparado todo conversamos y admiramos el Volcán y los Crestones de la Virgen, conocidos también con el nombre de La Torrecilla, comprendidos en nuestro campo visual. El atardecer fué hermosísimo: la atmósfera en calma; las aglomeraciones de nubes que había rumbo á la costa, inmóviles; la blanca nieve del Volcán ostentaba en los peñones las formas de los cortinajes y de las estalactitas, que relampagueaban claramente con los anteojos de campo; los peñoles de los Crestones de la Virgen, que teníamos enfrente, y el helero, cambiaban de color con toda la gama del escarlata á compás del rápido variar de la inclinación con que recibían los últimos rayos solares del moribundo día, y el silencio, de suyo solemne en esas alturas, era interrumpido por el chisporroteo de nuestras fogatas, por el golpe seco del hacha sobre los troncos de los ocotes que iban á calentarnos, por el ruido que producía el levantar el hervor en las marmitas en que cocíase la cena y por el animado dialogar de todos los viajeros. ¿Transcribiré las conversaciones de ese día y los subsecuentes? Ardua y por demás impracticable sería la tarea, dada la variedad de temas que es de suponerse y lo diverso de las opiniones que á cada paso se oían. Unas veces eran asuntos de creencias religiosas los que constituían la materia objeto de los diálogos; otras, las formas de gobierno y la manera de comprenderlas; á ratos nos animaba la comparación entre la actividad industrial de una nación con respecto de otra, y con frecuencia volvíamos á reanudar una discusión iniciada el primer día, al ir subiendo á San Andrés Chalchicomula, sobre el *servicio militar obligatorio*, discusión que no llegó nunca á darse por concluida, porque había de todas opiniones. El Socialismo en Alemania era el tema que más hizo el gasto. Al manifestar las ideas sobre la autocracia y la democracia, hubo un momento en que los pareceres no discreparon: todos condenaron la autocracia irresponsable, y al juzgar á Federico el Grande, todos á una le concedimos el dictado de *estadista modelo de los tiempos actuales*.

Como teníamos que hacer de madrugeros el día 3, nos recogimos apenas entrada la noche, y antes de las ocho la quietud era completa en nuestra abrigada cueva.

Las dos de la mañana marcaba el reloj del Sr. Waitz cuando éste nos llamó. Nos incorporamos en seguida y dos horas más tarde todo estaba preparado para emprender la ascensión al gigantesco Volcán. A las cuatro, en efecto, ya habíamos subido á las monturas puestas en los lomos

de nuestros resistentes jamelgos. Uno tras otro y siguiendo á uno de los guías auxiliares que llevaba la linterna de las acostumbradas en los Alpes, caminamos durante dos horas, yendo siempre hacia arriba. El frío era intensísimo; el viento ligero, pero cortante, púsonos ateridos y nos llevó á compararlo con el que describen los caminantes de las estepas rusas. Las apiñadas nubes que habíamos visto el día anterior, seguían sin cambiar de posición. La Osa Mayor resplandecía pura sobre el manto de nieve. Comenzaban á ser percibidos por nuestros ojos los peñascos de los susodichos Crestones, cuando saludábamos á los primeros resplandores de la alborada. El sol emergía allá en el Golfo de México, y produjo, en combinación con los numerosos y larguísimos estratos que existían, el crepúsculo matutino más bello que he tenido oportunidad de contemplar en mi ya larga vida de admirador de las bellezas naturales. Para dar una idea de él, seríame preciso manejar el pincel de un Turner, tener la pluma de un Ruskin, haber heredado la de un Tyndall ó seguir los pasos del admirable escritor Mr. Frederic Harrison.

Tan bello amanecer nos hizo sobrellevar el frío de la madrugada, y animados por tan arrobador espectáculo llegamos á las seis de la mañana al Cargadero. Allí dejamos los rocines, y luego de habernos apercebido á la jornada, á pocos lances comenzamos á subir por sobre peñas ó peñuelas, ya por el blanco manto, ya sobre parduscos arenales. Ya veíamos sobresalir un peñado coronado de altos picos, alternando con blanquísima nieve y el azul zafiro del cielo, que semejaba colosal é irregular sierra de piedra encantada; ya contemplábamos el amontonamiento de estáticas nubes rumbo á la costa; ya apreciábamos en su conjunto el peñascoso malpaís y nos deteníamos á considerar el cuadro de aquellas corrientes de lava petrificada y rugosa; ya, en fin, atraían nuestras miradas el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl con el Nevado de Toluca en medio, la Malintzin más acá, que en su cumbre parece la cabeza del Juárez de los hermanos Islas en gigantescas proporciones, el Cofre de Perote y los múltiples picos de la Sierra de Las Vigas. Cuando iba yo á media altura la perspectiva era á mis ojos sublime. Detúveme á gozar con el cielo y con la tierra: la gran transparencia del aire convidaba á ver hacia arriba, la variedad y grandeza de los objetos terrestres movía á ver lo de abajo. La Torrecilla con sus hermosos farallones es digna de la contemplación del alpinista, al central parece que entra un aguador de los que antaño discurrían por la ciudad de México; sus riscos sobresalen en forma de torres arruinadas, de templos caídos ó de agujas de piedra viva. El tiempo, si no era de lo mejor, nos fué propicio en buena parte; no tuvimos ventisca. Todos los esfuerzos, todas las fatigas, todas las inclemencias cosmológicas parecieron poco precio á todos los viajeros por las recreaciones que la vista proporcionó á nuestro espíritu frente á las singulares maravillas en que abunda el Volcán de Orizaba y las que desde él se pueden observar. El Nigromante decía: "El viajero que se empeña en escalar el trono del Popocatepetl para tocar la regia vestidura y para despojar de algunas joyas la rica diadema, tiene que revestirse de triple fortaleza, porque le esperan en su camino el osario de cien montañas, los sacudimientos y bramidos de los gigantes que custodian al monarca, y el terror silencioso con-

tado en los abismos del cielo y de la tierra." Nada más exacto, nada más real, nada que impresione tanto como ese "terror silencioso sentado en los abismos del cielo y de la tierra." El silencio de los desiertos es algarabía si se le compara con el de las verdaderas soledades de las altísimas cimas. Es profundamente impresionante pasar algunas horas en las regiones, sin vida, de las constantes nieves. Es maravillosa aquella ausencia total, de ruidos, de cambios, de vida, en una palabra. De vez en cuando se oye el graznido del cuervo; allí no hay conticínios, porque todo está en silencio á todas horas. Sólo las costras amarillentas ó rojizas de los líquenes nos decían que no era absoluto lo inorgánico que nos rodeaba. En un agujerillo en la nieve hallé una mariposa muerta. Sentí alegría al verla, despertó en mí muchos pensamientos, parecióme el extraviado insecto que halló la muerte en las desapiadadas altitudes, como un lazo de vida que me unía á las gigantescas masas sin sér que yo escalaba.

En las partes más encumbradas, al meditar en las grandezas del Volcán en que estábamos, recordé la exactitud y el primor con que pinta mi maestro, el expresado Mr. Harrison, la solemne impresión por él sentida en los Alpes, en análogas circunstancias; así habla el soberano prosista inglés: "En las altas regiones nevadas hay tal misterio y fuerza que señorean á la naturaleza humana. Producen el efecto que Aristóteles asigna á la tragedia como función: purificar el alma por la simpatía y el terror. Lo extraño y lo vasto de cada cosa afecta como los portentos naturales, cual el torbellino ó el terremoto nos despiertan y apartan de nosotros todo, excepto los primeros simples hechos de la vida humana. El absoluto sosiego y la ausencia de toda vida, animal ó vegetal, la impresión de la soledad que subsiste un día y otro y al siguiente, la impresión de lo infinito que produce el hollar la nieve continuamente, el efecto deslumbrador de los perennes campos de nieve, la necesidad del esfuerzo constante para conservar la vida animal, la sobrenatural extravagancia y la inmensa escala con que se presentan las formas de los hielos, la desusada frescura del aire, y, sobre todo, la sensación de hallarse fuera de la tierra y encima de ella, y de divisar á las plantas muchos reinos y regiones que son partes del mapa de Europa, todas estas cosas levantan al hombre completamente sobre el nivel ordinario de la vida y le impresionan como la soledad en un desierto de Oriente, en medio del Atlántico, en las praderas ó en las árticas latitudes."

Llegaron hasta el cráter (1) ocho de los entusiastas montañeses.

No es el embudo de la ingente montaña ni tan imponente como el del Volcán que custodia los valles de México y Puebla; ni tan bello como el del monte que se yergue airoso en el valle de Toluca.

Yo pude subir gracias á los auxilios de mi amigo el Sr. Waitz, primero, y luego, á la protección, cuidado y ayuda de mi excelente guía Candelario. Tan amante del soberbio panorama como del espectáculo humano, y amigo de veras de mis compatriotas los indígenas, no cesé de observarlos en los días que pasé con ellos en aquellas alturas, y pude hacerlo, porque jamás me ha esclavizado la rutina de la vida social y me conside-

(1) 5590 metros de altitud, según el admirable plano del ingeniero Alois Bolland.

raré siempre cual uno de sus hermanos en la gran familia humana. Los pobres é ignorantes indios (ignorantes (1) desde el punto de vista de la cultura escolar) á mí me han mostrado en toda ocasión genuina simpatía, y siempre he notado en ellos gran aptitud de observadores de la naturaleza. Débiles conocimientos y concurso precioso que me han proporcionado en mis viajes por el territorio nacional, y les reconozco su instinto de la orientación, su paciencia, su incomparable resistir á las fatigas, su frugalidad, su falta de convencionales reservas, su fiel adhesión á quienes sirven, y la prontitud con que abren su corazón cuando les inspira una confianza. Su humilde comida la compartían conmigo y bebíamos del mismo frasco. La confianza y el apoyo mutuos nos hermanaban á tal punto, que éramos viviente imagen de la fraternidad humana.

Bajamos sobre la alba vestidura, resbalando por la pendiente, y era de verse la rapidez del descenso, el saltar de la gachuela de nieve y la alegría de los alpinistas movidos por la acción impulsora de la gravedad. Los Sres. Waitz é Iglesias, guardadores de grandes fuerzas, tuvieron aún las necesarias energías para escalar La Torrecilla.

Cuando el Sr. Waitz fué por vez primera á la Torrecilla, hallábase en una aguja cerca de la cual había un nido cuya existencia le era desconocida. Llegó un cuervo, y fué tal su sorpresa al ver allí un sér humano, que se aturdió dando pruebas de haberse conmovido hondamente.

La segunda noche en la cueva fué de profundo descanso.

El domingo cuatro subimos á la Sierra Negra (2) seis de los viajeros. Las nubes que había el día anterior se habían disipado. El sol resplandecía en todos los puntos del horizonte. Admiramos el mismo panorama que el día antecedente, pero con más precisión rumbo á la Mesa Central, en la que distinguimos la ciudad de Puebla con auxilio de los lentes, y gozamos magníficamente del lado de la costa. Por aquí, la sucesión de montañas, ora más bajas, ora más altas, al alejarse del Citlaltépetl, con innúmeros picos, incontables barrancas, escarpadas alturas y azulado tinte, constituían el cuadro más maravilloso que pueda verse por la variedad y la belleza indescriptible de los componentes; tal parece que allí se prodigaron todos los atractivos capaces de levantar el pensamiento á la contemplación de la inmensidad de los paisajes montañosos. Y agréguese á lo dicho, el mar, limitando la grandeza geográfico-montuosa, y se tendrá idea de lo mucho y muy hermoso que se admira desde esas cimas que señorean las altiplanicies y las elevaciones que en ellas parecen elevadísimas.

Cuando bajé de la Sierra Negra y me hallaba en el puerto que la separa del Volcán de Orizaba, detúveme bajo unos ocotes y me recosté entre dos pedrejones. A la derecha tenía yo la altura de donde venía, á la izquierda la montaña nevada con el malpaís á tiro de ballesta, al frente el panorama singular de la bajada al Golfo de México con la abrupta Sierra de Zongolica en primer término, y á mi espalda la Mesa Central.

(1) La gran ciudadana y heroica guerrera Juana de Arco, no sabía el A, B, C: el indio de Yucatán no fué más culto, ni tampoco el legislador moral de Oriente: el inmortal Mahoma.

(2) De 4545 metros de altitud, conforme al plano del aludido Sr. Bolland.

conocimiento de la localidad y las enseñanzas retenidas del Sr. Watts (1) me permitieron ordenar mis ideas sobre la génesis de los colosos entre los cuales descansaba dulcemente. Si concentraba yo mi espíritu en el grato rumor de las brisas y en el alegre chirriar de los pajarillos, acudía á mí el recuerdo del príncipe de los poetas latinos, del bucólico Virgilio; si atendía yo á las bombas volcánicas que á mi alcance estaban, las cuales, por su aspecto, parecen enormes tortas de pan cocido con la costra reventada, y se veía luego el cono truncado del Citlaltépetl por donde se abrió paso la corriente que trajo la acumulación mecánica de las materias lanzadas del seno de la madre tierra y, por ende, la elevación de los terrenos circundantes, me entusiasmaba, y, apostrofándole, decíale con el llorado Gabriel y Galán:

Te engendró trepidando el terremoto,
¡reina de las montañas!
y por la boca del abismo ignoto
la tierra te parió de sus entrañas,
rugiendo de dolor su seno roto.
Vinistes á la vida,
no temblando con trémulos vagidos,
sino cantando la jamás oída
formidable canción de tus rugidos.
Y transpiraste en tu alentar inmenso
soberbias espirales
que cegaron el éter de humo denso.
Y tu loca niñez, brava y ardiente,
envolvióse en pañales
que eran manto de lava incandescente....

Las últimas horas de aquel domingo las pasamos entregados á ejercicios de tiro al blanco y en tranquila contemplación de todos los encantos que nos rodeaban. La cima del Citlaltépetl y el cono nevado eran los centros de atracción de nuestras miradas. Al embelesarnos una y otra vez viendo al coloso que hiende el éter y las aplañadas nubes hasta un punto que no alcanza ninguna otra montaña de México, pensaba yo en mi cara patria que quisiera yo ver en el conjunto de las naciones *tan grande en lo moral y lo político como grande es en lo geográfico el Volcán de Orizaba*. Y consagré entonces en lo más hondo de mi pensamiento un recuerdo cariñoso al entusiasta y ávido coronel Atenógenes N. Carrasco, quien, siendo Jefe Político del Distrito de San Andrés Chalchicomula, mandó enarbolar una gran bandera con los colores nacionales el 16 de Septiembre del año de 1889 en lo alto del Citlaltépetl, de 40 metros de largo por nueve de ancho, la que estuvo izada más de cuatro meses y veíase desde San Andrés, Huatusco y otros puntos.

La alegría de los viajeros mostróse la postrera noche pasada en la cueva, con alegres cantos y animadas conversaciones. En español sobre-

(1) En su sentir no fueron coetáneos el Volcán de Orizaba y la Sierra Negra, sino que ésta precedió á aquél.

salieron las voces de los Sres. Bonillas y Carbajal. Los compañeros ~~manes~~ entonaron la

*Muss i denn, muss i denn
zum Städtli hinaus,
und Du, mein Schatz,
bleibst hier,*

melancólica canción del que por fuerza se aleja de su carísima aldehuela dejando en ella el nido de sus amores.

Espléndida fué la mañana del lunes 5 de Diciembre de 1930 en el Volcán de Orizaba y sus contornos. Allí no hay albórbolas al apuntar la aurora, porque ya casi no hay vida y es punto menos que ignorada la alegre algazara de las aves.

Las últimas horas que pasamos en el "Mesón del Pico de Orizaba," como apodó el Sr. Carbajal á nuestra cueva y al terrado que tiene enfrente, las empleamos en levantar la casa y en admirar sin descanso los espectáculos sorprendentes de la naturaleza allí avecinados. No nos saciábamos, no nos fatigábamos de ver el Volcán y sus faldas, la Torrecilla y sus farellones, las Sierras que están del lado del Golfo de México y el cielo de hermosísimo azul, confirmando lo que en esta primorosa oleada de grandilocuencia dice el P. José de Acosta: "Realmente, tienen las obras de la divina arte un no sé qué de gracia y primor como escondido y secreto, con que miradas una y otra y muchas veces, causan siempre nuevo gusto. Al revés de las obras humanas, que aunque estén fabricadas con mucho artificio, en haciendo costumbre de mirarse no se tienen en nada, y aun cuasi causan enfado. Sean jardines muy amenos, sean palacios y templos galanísimos, sean alcázares de soberbio edificio, sean pinturas ó tallas, ó piedras de exquisita invención y labor, tengan todo el primor posible, es cosa cierta y averiguada que, en mirándose dos ó tres veces, apenas hay que poner los ojos con atención, sino que luego se divierten á mirar otras cosas, como hartos de aquella vista. Mas la mar si la miráis ó ponéis los ojos en un peñasco alto, que sale acullá con extrañeza, ó el campo cuando está vestido de su natural verdura y flores, ó el raudal de un río que corre furioso y está sin cesar batiendo las peñas y como bramando en su combate; y, finalmente, cualesquiera obras de la naturaleza, por más veces que se miren, siempre causan nueva recreación y jamás enfada su vista, que parece, sin duda, que son como un convite copioso y magnífico de la divina Sabiduría, que allí de callada, sin cansar jamás, apacienta y deleita nuestra consideración."

Yo me sentía tan empequeñecido ante tantas maravillas, pero á un tiempo tan satisfecho de comprenderlas ó de notar muy impresionada mi alma por ellas, que sólo podré explicarme trasladando aquí unas líneas de los comienzos de la descripción de una puesta de sol en Agosto, contemplada desde la cima del Monte Blanco, que escribió sir Leslie Stephen y en la que se hermanan la profundidad de pensamiento con el tono solemne y el poético:

"Todo el universo, desde las estrellas y los planetas, hasta las montañas y los insectos que se arrastran á sus plantas, no es sino un ~~un~~

junto de fuerzas que eternamente actúan y reaccionan la una sobre la otra. El entendimiento del hombre es un instrumento músico del cual arrancan armonías y discordancias infinitamente complexas todos los objetos externos. Mas á medida que la mente es más vigorosa ó delicada, guardará su sensibilidad para todos los estímulos de que pueda participar, aun de las fuentes más lejanas. Y ciertamente, una organización sana no enmudece al escuchar las voces más solemnes y melancólicas que hablan por medio de los aspectos más soberbios de la naturaleza."

Apenas hubimos recogido todos los útiles que nos sirvieron para acampar, cuando estábamos ya sobre los jacos y empezamos á recorrer el camino que lleva á San Andrés. A cada paso se confirmaban las perdurables impresiones recibidas en los tres días pasados en las montañas. La selva la atravesamos con sol resplandeciente, y al abandonarla vimos en ella hermosísimos y grandes pájaros azules. En el Zoquial abundaban los carámbanos.

Dirigíamos las miradas durante el descenso, desde aquellos visos, unas veces al enhiesto cono y otras á los puntos que nos rodeaban; á ratos á las planicies de la Mesa Central y con frecuencia á las azuladas sierras del Estado de Veracruz. Estos panoramas, que varían con la inclinación de los rayos solares, que unos son con cielo despejado y otros enteramente distintos cuando hay nubes, son la delicia más grande del que viaja por las montañas, constituyen la principal recompensa de sus fatigas. Llanos y colinas, lagunas y arroyuelos, ciudades y pueblos, lejanos y elevados campanarios, aldeas y haciendas, carreteras y puentes, vegas y trigales, centenares de cerrillos y altibajos cultivados, etc., etc., se ven desde las alturas, mostrando los unos, lo natural, y los otros, lo artificial: la obra del hombre civilizado, las benditas señales de la sociabilidad y de la cooperación humanas.

Entramos á San Andrés felizmente, comimos con deleite y volvimos á visitar la parroquia.

El martes 6 nos fué dado conocer, gracias á la gentileza del Sr. D. Octaviano Couttolene y de sus empleados D. Rafael Carrasco y D. Joaquín Limón Sandoval, los Xalapazcos, el grande y el chico, ó sean dos magníficos cráteres de explosión que se hallan en los recuestos que preludian los extensos llanos de San Andrés. Junto al chico, cuyo fondo se cultiva, y en el cual se siembran 4 hectolitros de trigo, se alza la hacienda de Xalapazco, que visitamos y nos pareció un modelo de fincas rurales. Las dimensiones de los dos cráteres, la falta de labios en ellos, la vegetación que cubre sus declivios, la hondura de los embudos, etc., todo concurre á impresionar intensamente á quien los ve por vez primera.

Nos despedimos de San Andrés Chalchicomula minutos antes de la una de la tarde y seis horas después estábamos en México.

Quizás no vuelvan á hollar mis plantas, imponente Citlaltépetl, ni tus arenas ni tus nieves, ni tus rocas, ni tus cenizas; probable es que no me deleiten ya, sino recordándolos, los murmurios de las selvas que engalanan tus dilatadas faldas; dudo que doblado ya el cabo de los cuarenta años, anden de consuno mis energías y mis entusiasmos de admirador tuyo, para escalarte otra vez; pero me vea yo ó no junto á tí, en nueva oca-

LII

sión, vivirán en mi memoria tus eternas grandezas y seré doquier el incansable vocero de ellas, tan fiel como me lo permitan mis pobres medios de expresión.

México, 17 de Diciembre de 1910.

AGUSTÍN ARAGÓN,
5^º del Pino, 215.